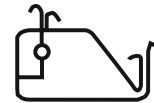




# Leyendas chilenas



colección moby dick

Fernando Emmerich

© Fernando Emmerich, 2004

La Tirana del Tamarugal

El Caleuche

Las tres Pascualas

Los payadores

La Pincoya

© Pehuén Editores, 2004

María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago

Fonos: (56-2) 225 62 64 - 204 93 99

editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 144.465

ISBN 978-956-16-0384-4

Primera edición, junio de 2005

Segunda edición, mayo de 2007

Ilustraciones

*Carlos Cárcamo L.*

Diseño y diagramación

*Olaya Fernández A.*

*Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en “Motivación para la lectura”, [www.pehuen.cl](http://www.pehuen.cl)*

*Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.*

Impreso en los talleres de

*Imprenta Salesianos S.A.*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

# Leyendas chilenas



pehuén

# LA TIRANA DEL TAMARUGAL



CONOCEMOS VARIAS versiones de la leyenda de la Tirana del Tamarugal, que difieren sólo en detalles de la que aquí seguiremos en sus líneas generales: la recogida por el historiador peruano Rómulo Cúneo Vidal. Es posible agregarle a la de Cúneo Vidal ciertos aportes de otras versiones, aportes que se ajustan a ella y la enriquecen. La de La Tirana es una leyenda viva; la fantasía popular le sigue añadiendo adornos, algunos disparatadamente ajenos a ella, otros pertinentes y apropiados. Al contrario de lo que pasa en culturas más viejas, de tradiciones ya muy solidificadas, podemos presenciar aquí cómo van variando los detalles de la leyenda delante de nuestros ojos, tal como ha venido variando también en sus detalles, año tras año, la festividad correspondiente.

Según la leyenda, con el Adelantado don Diego de Almagro vinieron a Chile tres linajudos personajes peruanos: el príncipe Paulo —a cuyo hermano, Manco, Pizarro lo había designado Emperador—; el “huillacuma”, sumo sacerdote del Templo del Sol, y su hija, una hermosa ñusta entonces de veintitrés años. Los

tres eran traídos por el Adelantado en prevención de algún alzamiento: sus vidas peligrarían ante cualquier conato de rebelión de los yanaconas, cuyo número era enormemente superior al de los españoles. Estos tres personajes eran escoltados por una comitiva de sacerdotes y oficiales, todos los cuales ocultaban, bajo su aparente sumisión, sus deseos de liberarse del yugo hispánico.

El príncipe Paulo, después de recibir un mensaje de Manco, quien se había sublevado contra los conquistadores y tenía sitiado el Cuzco, logró fugarse, huyendo hacia la provincia de Charcas, para fomentar desde allí la rebelión. El sumo sacerdote y doce oficiales quisieron hacer lo mismo posteriormente, pero no consiguieron consumir su evasión: alcanzados y detenidos, fueron ajusticiados por los españoles, en presencia, según algunas versiones de la leyenda, de la propia ñusta.

La ñusta huyó poco después, adentrándose, seguida por un centenar de leales guerreros y de servidores, en los boscajes de la Pampa del Tamarugal. Allí reinó durante cuatro años, convertida en sacerdotisa y capitana de sus hombres, ejecutando vengativamente a cuanto español cayera en sus manos. La fama de su belleza y de su crueldad traspasó los límites de sus dominios y atrajo a numerosos rebeldes de otras comarcas, los cuales acudían a ponerse bajo el mando de quien había comenzado a ser conocida como “la Tirana del Tamarugal”.

Por aquellos años, un joven y apuesto minero portugués llamado Vasco de Almeida laboraba en Huantajaya, mineral de plata situado cerca de Iquique. Una noche, Vasco de Almeida soñó con la Virgen del Carmen, quien le señaló la ruta para llegar a la fabulosa Mina del Sol, que ya le habla mencionado al minero portugués un cacique amigo. Desoyendo a sus compañeros, el alucinado Vasco de Almeida partió solo por la Pampa del Tamarugal, penetrando en los dominios de La Tirana, cuyos guerreros lo tomaron prisionero y lo llevaron ante la princesa. No bien lo vio, gallardo, altivo, la ñusta comprendió que no lo podía condenar a muerte. Pero, de acuerdo con lo establecido por ella misma, y ratificado por el consejo de ancianos, el prisionero debía morir. Sin embargo, la princesa dio con un ardid por lo menos para ganar tiempo: en aquel caso, declaró, la sentencia debería ser confirmada por los astros. Consultados esa noche por la sacerdotisa, los astros postergaron comprensivamente la ejecución: el prisionero no podría ser ajusticiado antes del cuarto plenilunio.

La ñusta se hizo cargo personalmente de la custodia del cautivo, manteniéndolo en su propia vivienda de piedra.

Descuidando a sus huéspedes y olvidando las asoladoras correrías que habían sembrado el espanto entre los colonos establecidos en Huantajaya y Pica, y sin preocuparse ya de las prácticas del culto, la princesa se dedicó por

completo al cautivo, convertido en su amante, provocando el profundo resentimiento de sus hombres.

Pero Vasco debía morir. En su afán de salvarle la vida, la ñusta trató de atraerlo a su fe. Sin embargo, las cosas ocurrieron al revés: el cautivo le habló de su religión, de Dios, de la Virgen, de Jesús, y poco a poco la ñusta se fue sintiendo seducida por las consoladoras promesas del cristianismo. La muerte, le aseguraba el portugués, no conseguiría separarlos; al contrario, los uniría para siempre; sus almas renacerían en un más allá donde reinaba la felicidad eterna. Por fin, la princesa decidió convertirse a la religión de su amante. Un día, ya en vísperas del fatídico cuarto plenilunio, Vasco y su amada se dirigieron a un claro del bosque, donde murmuraba un manantial (hoy, según la tradición, la plaza del pueblo de La Tirana). En ese lugar la princesa fue bautizada con el nombre de María por Vasco de Almeida, con quien, en seguida, se uniría como su esposa cristiana. Mientras tanto, entre los árboles, los despechados guerreros de la Tirana espían la furtiva y ritual traición de su señora. De repente, una lluvia de flechas truncó la ceremonia, derribando a los dos amantes. Vasco de Almeida cayó con el corazón atravesado por una flecha. La ñusta, moribunda, pudo hablarles aún a sus resentidos vasallos acerca de la religión por la cual había dejado la fe de sus antepasados. Y los hizo prometer que la sepultarían junto a su amado, y que sobre la tumba colocarían la rústica cruz frente a la cual había sido bautizada por Vasco.

Años después, un fraile mercedario, don Antonio Rondón (o don Antonio Sarmiento de Rendón, según otros), halló durante uno de sus viajes evangelizadores por la región tarapaqueña una tosca cruz cristiana en un claro del bosque. Viendo en aquel hallazgo el sacerdote una señal divina, mandó levantar en ese lugar una capilla. Enterado posteriormente de la trágica historia de los dos amantes, y de la devoción de Vasco de Almeida por la Virgen del Carmelo, don Antonio Rondón bautizó la capilla como de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana.



## EL CALEUCHE



QUELLA NOCHE se habían reunido en la casa de don Froilán Alvarado casi todos los hombres del poblado. Conversaban pausadamente, y pausadamente también bebían de sus vasos de chicha de manzanas. A sus oídos les llegaba la música de fondo de su vida de costeños: el oleaje del mar.

Vivían en un grupo de casas como apiñadas en la costa, como si cercanas unas a otras quisieran protegerse del viento y de la lluvia, que no se cansaban jamás, y de los frecuentes temporales. Los pueblos grandes quedaban lejos; acudían a ellos muy de cuando en cuando, navegando, para ir a vender el producto de la pesca. Ciudades las conocían sólo de nombre; se las imaginaban algunos jóvenes con la esperanza, el sueño de llegar a ellas y quizás hasta para proseguir desde allí con rumbos más remotos y magnéticos. Pero la mayoría no pensaba en eso; casi todos estaban fuertemente arraigados al terruño.

En las partes traseras cultivaban papas, hortalizas, avena. En rústicos corralones encerraban vacunos y, principalmente, ovejas. Las mujeres hilaban la lana y tejían ponchos y frazadas, mantas y choapinos; algunos

eran comprados por los tripulantes de las lanchas que, de tiempo en tiempo, pasaban a llevarse lo que habían pescado y mariscado los lugareños. Pero ese trabajo de hilanderas y tejedoras era para las horas libres. Las faenas cotidianas y obligatorias estaban estrechamente relacionadas con el mar. Con la marea baja, las mujeres y los niños iban a recoger mariscos en la costa. Provistos de canastos de mimbre caminaban a lo largo de las playas y los roqueríos recogiendo cholgas, almejas, choritos, erizos y jaibas. Y los hombres partían a pescar.

Precisamente de aquella faena estaban conversando esa noche los hombres, reunidos en la casa de don Froilán Alvarado. Saldrían a pescar pronto; pensaban llegar lejos, en busca de róbalos, jureles y corvinas. Pero no todos irían a pescar. Algunos buscarían mariscos recorriendo la costa. Deberían tener un acopio suficiente para cuando, en dos o tres días más, como esperaban, pasara la lancha que venía del norte a buscar los productos de la pesca.

Pensaban que la pesca sería buena esa noche. La noche anterior algunos decían haber visto a la hermosa Pincoya, que, saliendo de las aguas cubierta por su centelleante traje de algas, había bailado en la playa, ritualmente, mirando al mar. Esa mañana se habían encontrado mariscos dejados por ella en la playa. Esto anunciaba una pesca muy satisfactoria. Los hombres aguardaban esperanzados el momento de salir.

Pero no saldrían todos. Como en otras ocasiones, don Pedro Flores, el mayor de todos, permanecería, solamente acompañado por las mujeres y los niños, en tierra. Y se adentraría por el bosque para buscar leña. Le gustaba entrar entre los árboles y los arbustos. No le tenía miedo al trauco, ese horrible habitante de la espesura, pequeño, mal agestado, cuya enorme fuerza podía torcer a un hombre a la distancia con sólo mirarlo. En todo caso, don Pedro procuraba no acercarse a las murtillas, que tanto atraen al trauco. Además, él era varón, y viejo. El trauco resultaba particularmente peligroso para las mujeres y sobre todo para las muchachas, a las que seducía con su irresistible atractivo después de ayudarlas a coger murtillas, dejándolas embarazadas. Al menos, al trauco lo culpaban las afectadas.

También se quedaba don Pedro remendando redes y arreglando alguna lancha, cuidando los animales y ayudando a las mujeres en el cultivo de los plantíos.

Uno de los jóvenes le preguntó:

—Don Pedro, ¿por qué no sale a pescar usted? Usted conoce mejor que nadie las variaciones del tiempo, las mareas, los cambios del viento, y sin embargo se queda en tierra sin ir a la mar.

Todos miraron al joven, sorprendidos por su atrevimiento, como asimismo al viejo. Don Pedro, después de un momento de silencio, contestó:

—Porque yo he visto al que no se debe ver.

Luego, mientras lo miraban con gran atención, especialmente los jóvenes, dijo:

—Algún día les contaré. No esta noche, cuando están a punto de salir. Ahora sólo les diré que si divisan un brillo fantástico en el mar, cierren los ojos. No lo miren.

Los mayores asintieron.

\* \* \*

Días después estaban de nuevo todos reunidos en la misma pieza. Era de noche. No habían podido salir a pescar. Llovía torrencialmente. Soplaban un vendaval que parecía querer arrancar las tejas del techo. El mar no era el ruido acompasado del oleaje cuando reinaba la calma; era un bramido amenazador.

Los hombres procuraban calentarse acercándose al fogón y bebiendo chicha de manzanas. La luz vacilante de un mechero proyectaba sombras cambiantes.

—Ahora les contaré —dijo de pronto don Pedro. Se acomodaron todos para escuchar el relato.

Hacía ya bastante tiempo había salido don Pedro navegando desde Ancud con el propósito de llegar a Quellón. Iba en una lancha grande, cuyas dos velas permitían aprovechar el viento favorable. Aquella lancha tenía ya muchas tempestades en su maderamen. La tripulaban seis hombres. El capitán era un chilote recio, bajo y musculoso, que conocía todas las islas y todos los canales del archipiélago, y de quien se decía que había navegado hasta en los estrechos de más al sur.

La segunda noche de navegación se desató la tempestad. Era una noche negra. El mar y el cielo se confundían

en la tormentosa oscuridad. El viento enfurecía las olas. De pronto, el temporal pareció calmarse y divisaron a lo lejos una luz que avanzaba sobre las aguas. Era una nave, un luminoso velero, del cual salían ebrios cantos y gritos. Irradiaba una fantástica luminosidad en la negrura de la noche, destacándose su casco y sus velas fantasmagóricas.

—¡El Caleuche! —gritaron todos, espantados.

—¡No lo miren! —ordenó, desesperado, el capitán.

Pero era demasiado tarde. Ya todos habían visto al fatídico barco encantado.

“Nuestros huesos, como los de todos cuantos lo han visto, caerán esta noche al fondo del mar”, se dijo el capitán, resignándose a la fatalidad.

El Caleuche estaba casi encima de la lancha cuando repentinamente desapareció. Desaparecida la luminosidad, reinó de nuevo la densa sombra en la cual se confundían el mar y el cielo.

En seguida volvió la tempestad, más recia que antes. Una ola gigantesca volcó la lancha. Seguramente algo debió golpear a Pedro Flores, haciéndolo perder el conocimiento. Despertó tendido en una playa, donde gentes desconocidas trataban de reanimarlo. Dijo que había naufragado, pero no contó que había visto al Caleuche.

De sus compañeros no se supo nunca más.

—Jamás había contado esta historia. La cuento porque ya estoy viejo, y quiero que la conozcan. Por lo que vieron mis ojos esa noche no salgo a navegar.

Los tripulantes del Caleuche no se resignarán jamás a que haya un hombre vivo que haya visto sus fantásticas fiestas. Y si entro a la mar me harán morir. Y conmigo a quienes me acompañen.

Pero al parecer no ha sido don Pedro Flores el único que se ha salvado de la muerte después de haber visto al barco encantado. Muchas personas de Chiloé, sobre todo de la Isla Grande, aseguran haber visto al Caleuche. Otras afirman haber conocido a quienes lo habían visto.

